

Mayéutica 
Institución Psicoanalítica

Fundadora y Miembro de Convergencia, Movimiento Lacaniano por el Psicoanálisis Freudiano
Fundadora y Convocante de la Reunión Lacanoamericana de Psicoanálisis
Fundadora e Integrante del Centro de Extensión Psicoanalítica

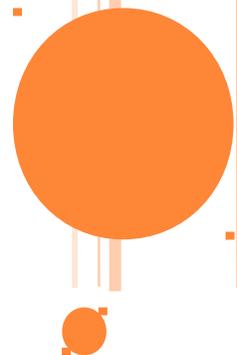
CUESTIONES CRUCIALES DEL PSICOANÁLISIS

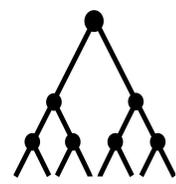
ESTALLIDOS DEL CUERPO: INTERVENCIONES DEL ANALISTA

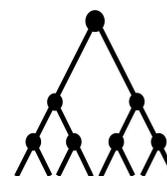
Autor: María Borgatello de Musolino

¿Qué se dice en un psicoanálisis? - 26 de junio de 2010

mrbmussolino@gmail.com







En primer término, la analista nos aclara que con “*estallidos del cuerpo*” no refiere a la proliferación Imaginaria que ocurre en pacientes psicóticos, sino a aquellas encrucijadas subjetivas en que el cuerpo estalla y desborda toda posibilidad de anclaje en una frase fantasmática.

Con ello nos está indicando, en primer término, por dónde entiende la operatoria en el análisis con ese cuerpo hablante: por *lo que se dice en un psicoanálisis*. El ser -incorporado aún en cuerpo (*encore/ en-corps*)- habla con tal intensidad que no sólo significa *en el dicho* sino que escucha el significado de su deseo *en lo dicho*, para hacer síntoma con lo *allí escuchado, entendido*.

Atenta a ello introduce, en el campo de las intervenciones del analista, variantes en los saberes consolidados sobre una dirección de la cura basada en la escansión y/o en la interpretación. Mas sin excluir la imparidad de su incidencia *acontecimental* (A. badiou, *El ser y el acontecimiento*, 1988).

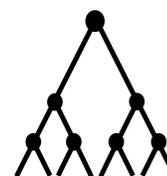
En segundo término nos muestra cómo la resonancia estallante del cuerpo, en lo Real de la experiencia vivida, ocurre en momentos de turbulencia pulsional. Esto es, cuando la pulsión indica al objeto con su vórtice pero –por las cuestiones que intentamos desplegar- no alcanza a trascender ni la ruptura del principio de placer que lo significaría en algún goce ni el vagabundeo que la parcializaría en un circuito. El misterio o punta de Real comienza, por la disgregación de ese lenguaje visto y oído decir, al hablar la lengua del cuerpo desde lo introducido en él por la mirada y la voz del Otro. A saber, lo que *no se dice* en lo que se dice en un psicoanálisis

De este modo, nos brinda la clínica del modo en que María, Soledad y Juan logran anudar su deseo frente a, entre y ante la irrupción de las sensaciones físicas del sexo. Las que se les imponen sin demandarlas, las ansiadas y aquellas estalladas por circunstancias eventuales, la miscelánea empuja su subjetivación. Tal vez sea esta contingencia de la vida que en la práctica acontece a cualquier edad, la que facilite los estallidos del cuerpo en los actings, el pasaje al acto, la acidia, algunas enfermedades orgánicas, la anorexia, la bulimia, las adicciones, los tatuajes, el vandalismo, la criminalidad y la delincuencia hasta la muerte o el suicidio.

Éstos y algunos otros estallidos del cuerpo, no enumerados pero muy conocidos por los analistas, a pesar del goce responden a un intenso intento de subjetivación. Las intervenciones del analista sobre este goce sintomático se verán supeditadas, entonces, a *la ausencia de verbo que invente el cuerpo* cada vez que se diga (M. Musolino, *De la voz al logos, la carne se hace verbo*, 2007). Sin articulación a una frase fantasmática, el misterio de lo inconsciente ése *misterio del cuerpo que habla, es real* (Lacan, *Aún*, 15-5-73). Lo *real* se abre a más de un goce compensatorio Imaginario, para recuperar en lo Simbólico el entramado fantasma–síntoma–goce, que lo apacigue en un registro Real de la experiencia del deseo vivido.

“El eclipse subjetivo”

Como sabemos, la foresta del fantasma con la suma de sus identificaciones al otro y a los otros Imaginarios también apacigua y tranquiliza -porque ordena gramaticalmente el caos trepidante que pulsiona. Pero, no siempre, la fuerza del *estallido* permite registrar



de ese modo los anuncios que nuestro propio cuerpo nos hace llegar para despertarnos a la consciencia del sueño de conocer nuestra vida.

Lo Imaginario del cuerpo, sus propios gastos de energía asociados al lenguaje intraducido por lo inconsciente en las investiduras libidinales, de modo yoico (*moi que*) permite “comprender” las acciones de los demás –por reflejo, espejo y tensión especular acciona el vaivén pulsional. Mas tan sólo desde la articulación de un sentido, la multiplicidad de dialectos hace copular el cuerpo con el lenguaje que lo habita y es su hábitat. Así es como lo corporal deja su lugar a lo anímico, con la pérdida del cuerpo orgánico que inicia la simbolización¹.

Aún antes que la voz, la mirada, los cuidados y sonrisa de la madre que acaricia o golpea, el pequeño cuerpo que habla recibe el baño melódico de la voz de sus allegados. Inmerso en el lenguaje que lo habita desde antes de nacer, por haber nacido humano –o sea, hablante y sexuado-, Otrosea espejado en sus gorjeos, toma consistencia de cuerpo acontecimental cada vez que desea en palabras o vocalizaciones corporales.

En especial, Otrosea la voz del Padre. En los hiatos del habla que vela la voz, esa voz sin sonido² refleja al *otro que soy yo (moi-même)* en el Otro de la identificación al amor del padre –que es anterior a cualquier elección de objeto y, por tanto, *parte de cualquier estallido del cuerpo*. De este espejo sonoro y de las pérdidas implicadas en los performativos que no son para el Otro sino para *la evocación de Él mismo*, “... **dependerá la construcción libidinal del cuerpo. Pues el cuerpo pulsional es, enhebrado por la palabra al cuerpo narcisista**” –nos aclaró con su ponencia Diana Rodríguez.

Ello implica que la alteridad del cuerpo deseante surge del cuerpo Otro simbolizado y barrado por éstos extravíos y estallidos. Mas esto acontecerá si el cuerpo *objeto a*, u objeto en relación de deseo con el sujeto borrado por el estallido, se elabora y se gesta en la variada verdad de la estructura fantasmática originaria³. Los profantasmas o fantemas actúan, por lo tanto, como significantes llaves en la base del triángulo Imaginario Madre –Padre –Niño que orientan la función del falo⁴.

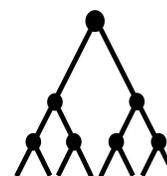
Consideramos que el eclipse subjetivo que indicializa *el estallido del cuerpo*, denota la vacilación del fantasma. Tal como le acontece a María, cuando muere la tía abuela que la alojaba en su deseo. Parece éste un deseo imposible, pues está fijado a la mirada de su madre sin la interrupción propiciatoria de la voz del padre que podría haber metaforizado la pulsión en juego. Ella sostiene este deseo en el dolor que habita la mirada de su madre, mas sin tramitar –llevar al análisis- las necesarias metáforas identificatorias.

1 S. Freud, *Inhibición, síntoma y angustia*, pág. 90, Tomo XX, Bs. As. Amorrortu editores 1986

2 G. Agamben, *El sacramento del lenguaje*, Bs. As., Adriana Hidalgo, 2010

3 R. Harari, *El Seminario “La angustia” de Lacan: una introducción*, Cap 8 y 9, Bs. As. Amorrortu Ed. 1993

4 J. Lacan, *Las formaciones de lo inconsciente*, seminario del 8 de enero de 1958, Bs. As. Paidós, 1999



El goce de tal paraíso narcísico la empuja al acto suicida, como un camino *pathemático del fantasma* de corte, cuyo correlato sería el objeto a: su propio cuerpo como cadáver. Así, absorbe la culpa de haber nacido, en la identificación primaria con el hermano muerto al nacer (es primaria porque, de modo secundario, su análisis procesará y elaborará tal identificación para brindar Simbólico e Imaginario a tanto Real que la engrilla). Es real que salieron juntos del vientre materno, mas cuando empezó a respirar por sí misma –en el momento de separación de las secundinas- su falta causó su existencia en el deseo de sus padres.

La vacilación del ‘espejo sonoro’: el desborde pulsional

Si atendemos a Lacan, advertiremos que lo que vacila es el losange o punzón. Vale decir, lo que forma el punzón responsable del corte y re-corte es ésta rotación del esquema Lambda que constituye al sujeto de la relación de deseo en el campo del Otro (Lacan, 11-6-58). Con ello, el maestro francés grafica la relación narcísica de deseo en la dimensión sonora entre el S –sujeto a advenir- y el A –Otro. La que parcializa, simboliza e imaginaria, monta la pulsión durante tal vacilación del losange que se abre, titubea o se desarma. Pero entonces, en *los estallidos del cuerpo*, el griterío sónico falla la mediación de lo Simbólico en lo Imaginario o mental que lo aflige.

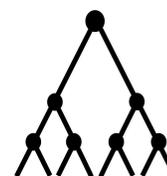
Esto mismo le sucede a Juan, cuando muere la madre de su padre que mantenía enmarcado al espejo sonoro. En ése momento de desorientación caótica, desde lo Simbólico no responde el Nombre del padre que orienta las significancias de lo Real. Puesto que no hay don simbólico, padre muerto en lo Real de la experiencia registrada como vida, la función de ideal proyectada en ese genitor presente lo invita a asesinarlo.

El sujeto se eclipsa ante el desborde pulsional. Ya no hay respuesta, hay vocablo pero palabra pronunciada que implique la existencia del sujeto que la toma para decir su deseo. El monto de afecto de la pulsión ha desamarrado los significantes que articulan el Eso en todo lo que no es yo-je. Por lo que no queda más que un yo-moi enunciado.

Sin poder asumir su propia enunciación, resta en un “piensa cosas” que no alcanza a detener la repetición porque ésta, de modo inquietantemente tranquilizador, lo encierra en su unidad Imaginaria. Aquí no hay del significante, que permita el corte de algún hacerse pulsional. Su ex –sistencia Real, dependerá del análisis de tal transferencia. Será, por lo tanto, consecuencia del trabajo psicoanalítico.

Esta caída en lo yoico, lo conduce a la rivalidad especular con el genitor –y su analista. En esta tensión deseante, en transferencia revive un Edipo que no ha sepultado. La carencia de un Padre Simbólico, produce que la fallida sustitución de la madre deseada: que ésta no sea la mujer de su padre sino la madre de su padre. Es decir, la abuela de Juan.

Tal condición incestuosa provoca goce, repetición y retracción narcísica sobre el propio cuerpo marinado por el deseo. Sin la repetición del significante edípico que introduciría al Otro –el propio cuerpo simbolizado con cada investidura libidinal- queda anclado en sus investimentos sin simbolizar. Tal vez, por eso necesita de un espejo real. Para ver-se viendo-se y así encontrar, de algún modo, su imagen desdibujada por el dolor.



El dolor, opaca la orfandad en que lo deja el ser hijo de su madre/abuela muerta y tampoco puede más que hablar de ello.

¿Cuál sería el símbolo, el saber o S2 representante de la representación pulsional que introduzca la división de Juan como sujeto?. ¿Podrá encontrar alguna forma, con que enunciar este hecho?. Cuerpo y goce, aparecen cristalizados en lo Real del disparo que lo deja ciego. El deseo ha encontrado forma en lo siniestro de no verse viendo -como es- un cuerpo estropeado por las oscilaciones del espejo sonoro. Un cuerpo que no tendrá extremos, dificultades tensionantes que encuentren extensión en el enigma de la enunciación.

De un modo que orilla con la locura, el cuerpo es carne que se goza y no cuerpo en- cuerpo incorp(h)orado –agujereado en sus orificios- por la pulsión parcial que busca ser nombrada. De allí que el “disparo”, no sea la significación u objeto simbolizable de una relación signifiicante/ significado. Puesto que no se puede compartir en el código del lenguaje, no participa del tesoro de los significantes que contiene la lengua hablada a su alrededor.

Pensamos que la Reacción Terapéutica Negativa (su analista dirá si lo fue), quizás haya sido causada porque no pudo sostener el encuentro con este Real que produjo su propio análisis. Hasta sería posible que lo hubiera interrumpido para catapultarse todo él, cuerpo y voz en los que no puede reconocerse, fuera del cuerpo que considera propio.

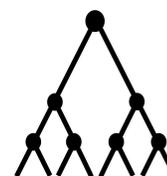
El cuerpo se inventa con el verbo⁵ que se ausenta al decir

La frase que María logra hilar en el análisis, muestra esta búsqueda de la pulsión: ¿cómo es vivir con un hijo/hermano muerto?. ¿Cómo es posible ser hablante y sexuada, sin el semi-decir de un padre que oriente la significancia del goce de su cuerpo si no puede dejar de ser hermana ni hija en la tríada edípica?.

La diferencia signifiicante, recién emerge cuando trata de matar su cuerpo: ella es una ‘cucaracha’. Como el Gregorio Samsa kafkiano, para ser, es siendo ‘cucaracha’. Pero este verbo no toma existencia en su decir, más que en el *veneno para cucarachas*.

En esta transformación, ¿se puede decir que el complejo de Edipo se muestra inacabado por la carencia del padre?. Es evidente que éste no ha podido realizarse, en el momento en que la adolescencia reactiva cada punto de identificación que *pèrvierte* su deseo, para que deje de ser hija de un padre y pueda ser la mujer de un hombre. Se harta

5 El verbo es una palabra –mot-, una falta de respuesta que da en el blanco indicando la acción, el estado de ánimo, la disposición (la *Stimme* freudiana). El logos, en Plotino, es el verbo. Es la inteligencia que contiene las ideas de las cosas posibles. Dicha “inteligencia” engendra el alma, pasión del cuerpo que sufrimos por efecto del lenguaje. Ella es el principio del movimiento pulsional y de la materia (*l’âme à tiers*) topologizada de modo nodal en *un decir* por Lacan. En nuestro libro *De la voz al logos, la carne se hace verbo*, trabajamos el sufrimiento de ‘tener’ un alma, de tener tan sólo la materialidad vozera para constituir el deseo.



de padre con la enfermedad y muerte de éste. Al punto, que termina por aceptar la letanía de padre que canta su madre: *¿de qué te quejás, vos estás viva y él muerto?*.

Asimismo en los ataques de pánico que sufre Soledad, observamos como el cuerpo estalla sin solución Imaginaria y Simbólica, como un Real que se encabrita. El objeto de deseo se incrusta en su cuerpo. Por identificación del deseo al deseo, siente que se muere cuando internan a su abuela en terapia intensiva.

Sin embargo, no hay angustia sino la puesta en acción del cuerpo orgánico. En el ataque de pánico, no hay traducción subjetiva del *objeto a* que encabezaría la identificación. Si en lugar del pánico apareciese la angustia, el corte mostraría lo inesperado temible. Se encontraría con el misterio secreto de la lengua de su cuerpo, *misterio de lo inconsciente o cuerpo que habla* de pronto revelado cuando descubre su cuerpo en el lecho matrimonial que su padre ha abandonado. La angustia llega a metonimizarse, sólo en la preocupación por el destino de su hermana. La falla en la metáfora paterna, impide que haya un significante que la sustituya al deseo implícito de la madre.

En esta variación verbal, la angustia es ese corte sin el cual es impensable la presencia real del significante, su función, su entrada, su surco en lo Real. La significación del falo que ese padre humillado y temible ha donado, ha dejado los significantes a la deriva. Por eso, una mujer/hija no encuentra la diferencia con la mujer/madre de su hermana, o con la mujer del padre que es otra hija que ella en la realidad olvidada de su cumpleaños. La función significante aparece en el aniversario de su nacimiento, mas sin tramitación simbólica y su cuerpo estalla.

El impedimento

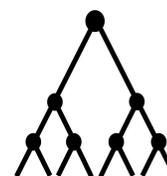
Todos estos casos muestran el colapso del algoritmo del fantasma que asegura la existencia lógica –gramatical- y, de hecho, del sujeto que maneja los significantes. Por ello, *el individuo se encuentra en un momento máximo de impedimento*.

Esta afirmación de la analista, muestra que sus intervenciones apuntaron al cuerpo tomado en la trampa de su imagen. En su propia mirada, en el verse viéndose ver-se. Parafraseando a Lacan: *“El individuo se presenta como es estropeado, dañado (foutu). Ve su cuerpo. Y este cuerpo tiene una potencia de cautivación que es Real⁶”*. Lo que quiere decir, que el cuerpo Real tomado en la trampa de su imagen forcluye el sentido.

Este modo de registrar la experiencia de la vida vivida, impide la copulación del cuerpo y el lenguaje. Entonces, la vida pierde todo sentido y ‘el individuo’ resta impedido.

Sin embargo, mientras el lenguaje del deseo desfallece en la lengua inútil del cuerpo -porque empuja a un fuera de discurso- los significantes seguirán copulando en lo inconsciente dos a dos. No tanto para hablar de ese estallido del cuerpo sino para que haya idea de un sujeto que demanda un psicoanálisis.

6 J. Lacan, *El sinthoma*, seminario del 18 de noviembre de 1975, Bs. As. Paidós, 2008



Con admirable criterio clínico, la analista hacia allí direcciona la operatoria de un análisis tratando de inscribir el S índice 1. Pues, solito, éste puede hacer que el cuerpo deje de ser piel y carne a sintomatizar. Una vez que lo Real sea el sentido en blanco por el cual el cuerpo puede ser y hacer semblante, el analizante podría fundar un discurso. Entonces soñará que goza del cuerpo, pero como un nombre del padre más. Un nombre a perder como los otros, a dejar caer a perpetuidad⁷ en el verbo que se le ausenta en un decir capaz de evitar la muerte prematura.

Mara Borgatello de Musolino
26 de junio de 2010

⁷ J. Lacan, *R. S. I.*, seminario del 11 de marzo de 1975, Inédito